



## Colegio Colón HH. Maristas

C/ Cantero Cuadrado n 3 - 21004 Huelva

959 54 13 08 959 54 0045 www.maristashuelva.es

**UN VIAJE  
UNA AVENTURA**  
M A R I S T A S 2 0 1 1 - 2 0 1 2



Centro certificado  
ISO 9001: 2008

### Tema segundo

## Razones para la libertad

### Trabajo por pequeños grupos

1. Dialogar y realizar juntos una definición sobre lo que pensáis que es la libertad.
2. Hoy en día, ¿somos libres? ¿Cómo vivimos y demostramos nuestra libertad?
3. La libertad nos hace hombres y mujeres de verdad?
4. Dice Jesús: La verdad os hará libres. ¿Qué pensáis de esta afirmación?

### Puesta en común.

#### Lectura personal. Razones para el amor

Autor: Martín Descalzo

#### Capítulo 17: Notas sobre la libertad

¿Por qué se habla ahora tanto de libertad? ¿Será tal vez porque tenemos menos que nunca? Es ésta una palabra que no se nos cae de los labios aparece en las pancartas de todas las manifestaciones; está detrás de las causas por las que se combate; incluso entre bandas que discuten entre sí, las dos enarbolan esa misma bandera. ¿Será porque siempre se habla y se pide lo que no se posee?

Cuando leo a los grandes escritores clásicos veo que ellos hablan poco de libertad. Pero la respiran. Sus escritos dan la impresión de gente que se siente bien instalada en el mundo, que vive sus aventuras humanas con naturalidad, con una especie de seguridad desenvuelta, de la que los hombres y escritores de hoy carecen absolutamente.

Ahora, en cambio, todos quieren «liberarse». Las mujeres hablan de su liberación; los jóvenes exigen, ante todo, la libertad frente a sus padres; clamamos por la libertad política, la libertad de información, la libre elección de trabajo. Y parece que nadie fuera realmente libre. En política, ya sabemos que la democracia es el arte de elegirse un dictador cada cuatro años.

Que la libertad de televisión consistirá en que podremos elegir entre cinco canales, sabiendo que los cinco serán gemelamente idiotas y que al final seremos libres para todo menos para dejar de encender el cacharro, porque se ha vuelto una droga de la que ya no sabemos prescindir.

Hace días ha comenzado la televisión mañanera. ¿Somos más libres? Ha cambiado, simplemente, el horario en que las mujeres hacen sus compras y hasta parece que ha disminuido el número de enfermos que acudían a los dispensarios. ¿A costa de qué? De una nueva cadena que ata a las mujeres a ver Dinastía.

Y el automóvil, ¿nos ha dado libertad? Ahora somos más libres en nuestros desplazamientos, pero a veces tardamos el doble en realizarlos por los atascos, y hemos perdido la libertad de respirar aire puro. Se diría que cada nueva liberación trajera consigo una nueva cadena. ¿Y puede decirse que no son esclavos los miembros de una civilización en la que el noventa y cinco por ciento de ellos se ve obligado a hacer un trabajo que no ama? «Para las clases inferiores -decía Sam Johnson-, la libertad es poco más que la elección entre trabajar y morir de hambre.» ¿Y son acaso libres los ricos, encadenados como están a su dinero y a las convenciones de su clase?

Y, sin embargo, habría que decir rotundamente que es la libertad lo que nos hace hombres. «La libertad, amigo Sancho -decía Don Quijote-, es uno de los primeros dones que a los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.»

Pero ¿qué es verdaderamente la libertad? Aquí hay que salir en seguida al paso del mayor y más corriente de los equívocos: la libertad no puede ser el capricho, la «real gana», el derecho a despilfarrar nuestra propia alma. La libertad tiene que ser algo positivo. No es libre una veleta por el hecho de que pueda girar, cuando es, de hecho, esclava de todos los vientos. «La libertad -decía Platón- está en ser dueños de la propia vida.» La libertad tiene que ser la posibilidad de realizar nuestro proyecto de vida sin que nadie lo impida desde fuera, ni nada lo devalúe desde dentro. Quien no tiene un proyecto claro de vida, quien no sabe lo que es y quiere ser, jamás será libre. Podrá no sentirse encadenado, pero lo estará a su propio vacío. La libertad es algo que está al servicio de nuestra autorrealización.

Para disfrutarla hay que tener entonces, en primer lugar, un proyecto propio de vida. «La única libertad que merece este nombre -decía Stuart Mill- es la de buscar nuestro bien por nuestro propio camino.» Por eso toda libertad empieza por someterse a una ley: la de seguir el camino que hemos libremente elegido. Salirse de ese camino o no tenerlo -con la disculpa de que caminando a campo traviesa somos más libres- es carecer de toda verdadera libertad. No hay libertad sin voluntad libremente asumida. No hay libertad sin razón, sin sujetarse a las reglas que toda razón impone. «Quién, en nombre de la libertad -como decía Ortega-, renuncia a ser el que tiene que ser, ya se ha matado en vida: es un suicida en pie. Su existencia consistirá en una perpetua fuga de la única realidad que podía ser.»

¿Y qué es un proyecto de vida? Es la suma de cuatro factores-. la realidad de nuestra naturaleza + las circunstancias personales y sociales en que vivimos + la luz de la meta ideal que nos hemos propuesto + el esfuerzo constante para conseguirlo. Si falla cualquiera de estos cuatro factores, nuestra vida será esclava e incompleta.

Por eso, en primer lugar, la libertad es algo que se realiza siendo lo que somos y tal como somos. Nadie es libre en la piel de su prójimo. Sólo somos libres «desde» nosotros mismos, asumiendo cordialmente lo que somos, listos o tontos, gordos o flacos, valientes o cobardes. Esa es la tierra desde la que hay que construir. No desde los sueños. Una libertad soñada es eso: un sueño.

El segundo factor son nuestras circunstancias: tenemos que ser libres dentro de la civilización en la que de hecho vivimos; libres desde la educación que hemos recibido y de la que podemos recibir; libres -relativamente-, desde nuestras circunstancias económicas y sociales. Mi tope de libertad no será el del rey o el del pordiosero. Yo tengo que llenar hasta el límite «mis» cotas de libertad, no las que imaginariamente pude tener.

Luego está -fundamentalísimo- el ideal por el que libremente hemos apostado. Y seremos libres estando «al servicio» de ese ideal, que a veces parecerá que nos encadena, pero que nos está multiplicando. Sólo se es libre cuando se tiende hacia algo apasionadamente.

Y después está el esfuerzo de cada día. Porque la libertad ni se encuentra ni se otorga, se construye. No deja de tener gracia el que, ante unas elecciones, tal o cual partido -o la propia jerarquía eclesiástica- diga que «nos da libertad de voto». Nadie «da» la libertad. La libertad no viene de fuera. Pueden partidos o instituciones no poner trabas a nuestra libertad. Pero la libertad es nuestra.

Se construye... lentamente. «La libertad, como la vida -decía Goethe-, sólo la merece quien sabe conquistarla todos los días.» Y es que nunca se es libre de una vez para siempre. Tras

todo cambio político se grita: «Ya somos libres.» Pero eso no es verdad. Tal vez hemos quitado una tapadera o hemos roto un tipo de cadenas, pero la libertad hay que seguir ganándosela cada día.

Y no hay mayor peligro que creerse «ya» libre. «En la lucha por la libertad -decía Ibsen-, asegurar que ya se tiene es testimoniar que ya se ha perdido. La lucha por la libertad es la esencia de la libertad.» La libertad es una fruta que se compra y conquista a plazos. Porque siempre es relativa. Se logran «cotas» de libertad. Nunca entera. Y tiene una terrible facilidad para retroceder. Las cadenas le surgen al hombre como a la tierra los abrojos. Crecen y rebrotan a poco que alguien se descuide.

¿Y cuáles son los enemigos de la libertad? Los hay exteriores e interiores. Los exteriores son infinitos y hoy -esto es grave- tienden a ser cada día más. Están las modas, las costumbres, las rutinas, el «todos lo hacen», las inacabables formas de presión social. ¿Es libre quien viste como todos visten y porque todos visten así? ¿Son libres las nuevas modas que quieren ser tan rebeldes a las viejas formas que acaban convirtiendo esa rebeldía en una nueva moda? ¿Es libre quien piensa como todos piensan porque sería un raro si se atreviera a pensar de modo distinto? Lo repito, tal vez nunca el hombre ha sido tan presionado como hoy: ha de comprar lo que los anuncios le meten por los ojos, ha de ir «donde va Vicente», tiene que hacer esto o aquello porque eso es lo que se lleva.

Pero tal vez el mayor enemigo de la libertad sea la política, incluso esas políticas que dicen ser caminos de libertad. Tiene razón Rosales cuando escribe que «la politización de la vida actual nos ha llevado a una especie de desamortización de la libertad». Y eso no sólo por el hecho de que el pequeño grupo que nosotros mismos -decimos que libremente- hemos elegido termine siempre por apoderarse de decisiones que, en definitiva, debían ser nuestras, sino sobre todo por el hecho de que la «invasión de la política» termina por condicionar esas otras pocas decisiones que aún creemos nuestras y libres. Hoy hay que pensar en bloque: si, por ejemplo, eres socialista o progresista has de elegir forzosamente todas las cosas que algunos o la moda han decidido que van en la línea del progreso. «Tienes» que ser abortista o divorcista o te colocarán la etiqueta de conservador o retrógrado. Al fin la libertad se reduce a la conveniencia del momento. El mal no es nuevo. Hace ya veinte siglos escribía Tácito que «son raros los tiempos felices en los que se puede pensar lo que se quiere y decir lo que se piensa». Pero ahora hay que añadir que los verdaderos y más graves peligros le vienen a la libertad de dentro y no de fuera. «No hay en el mundo señorío como la libertad del corazón», decía Gracián.

¿Y quién es libre en su corazón? ¿Quién puede asegurar que su razón es más fuerte que sus pasiones? «Veo lo bueno y elijo lo malo», confesaba San Pablo. Los que no somos santos comprobamos a diario cómo sustituimos la libertad por el capricho, por los prejuicios, por lo más barato de nosotros mismos. ¿Soy yo libre cuando «libremente» hago el idiota? Cuántas veces la única libertad que ejercemos es la de elegir nuestra propia servidumbre.

Porque esto hay que decirlo: la libertad es cara y dolorosa. Ser libre es ser responsablemente libre. Y ésta es la razón por la que muchas veces elegimos una cómoda esclavitud frente a una costosa libertad. Dostoievski, en su *Leyenda del Gran Inquisidor*, explica el fracaso de Cristo y su muerte precisamente porque dio libertad a los hombres, cuando los hombres prefieren pan en la esclavitud al tremendo esfuerzo de ser libres. «Da libertad al hombre débil --decía- y él mismo se atará y te la devolverá. Para el corazón débil la libertad no tiene sentido.» Esto es algo que comprobamos todos los días: la gente preferirá siempre ser mandada a que se les enfrente con su propia responsabilidad; prefiere que se les diga lo que «deben» hacer a que se les enfrente con su libre conciencia. También Maquiavelo lo decía: «Tan difícil y peligroso es querer dar la libertad al pueblo que desea vivir en la esclavitud como esclavizar a quien quiere ser libre.» Pero no son muchos los que «soportan» la libertad y el riesgo que lleva consigo. «La libertad -decía Rousseau- es un alimento muy sabroso, pero de difícil digestión.» Es un vino generoso que fácilmente se sube a la cabeza. Sólo quien está muy acostumbrado puede beber libertad en fuertes dosis sin marearse.

Porque la libertad no sólo tiene por precio la responsabilidad, sino también la incompreensión y, por ende, la soledad. Nada odia tanto el mundo como un hombre independiente. Su sola existencia es una acusación para el borreguismo colectivo. Y pronto te bautizarán de «raro» si no te resignas a introducirte en alguno de los cajones que te ofrecen o si te resistes a que te pongan alguna de las etiquetas que están al ella. Erasmo lo decía con frase triste y exaltante a la vez: «Moriré libre porque he vivido solo. Moriré solo porque he vivido libre.» Pero esa soledad que se asume como un precio necesario para ser lo que se es se convierte en el mayor de los premios. Como decía Lord Byron: «Aunque me quede solo, no cambiaría mis libres pensamientos por un trono.»

¿La libertad, entonces, es un don arisco, huraño, que termina coincidiendo con mi propio egoísmo? Aquí tenemos que detenernos porque ésta sería la mayor de las falsificaciones de esa libertad. Yo no soy libre «para» separarme o distinguirme de los demás. Mi libertad es «mi modo» de vivir con los demás, mi forma de enriquecer al universo siendo fiel a mi mismo y, por tanto, haciéndome mejor para servir a los demás.

Y esto, en primer lugar, porque sé que mi libertad limita con la de los que me rodean. Antes citábamos a Stuart Mill. Voy ahora a completar la cita: «La única libertad que merece este nombre es la de buscar nuestro propio camino en tanto que no privemos a los demás del suyo.» Mi libertad sólo existe si yo respeto la dignidad y libertad de los demás. De otro modo, no soy un hombre libre, sino un invasor, un dictador de la libertad.

Mi libertad, en rigor, me enriquece «para» los demás. El amor a la libertad es amor a los otros. El amor al poder es amor a nosotros mismos. Y Dios nos libre de quienes «imponen su libertad», que acaba siendo siempre su capricho.

Pero aún me parece que no he dicho lo más importante. La libertad es un solar, un solar en el que hay que construir algo. La vieja pregunta de Lenin «libertad, ¿para qué?» tiene, desde este punto de vista, un sentido muy radical. No se es libre para ser libre, se es libre para hacer algo. La libertad no es un fin, es un medio. Y los medios no resuelven los problemas. Preparan el camino para resolverlos, pero no los resuelven. Sobre el solar de la libertad hay que construir algo.

Y tal vez éste sea el más común de los errores: muchos luchan por la libertad, y una vez que creen haberla conseguido, piensan que el sentido de su lucha ha concluido. Y la libertad era sólo el trampolín para saltar hacia algo: hacia la felicidad, hacia la fraternidad, hacia el amor. Ser libre para ser libre puede ser un motivo de orgullo. Pero no sirve para nada. El hombre se hace libre para que sus manos sin cadenas puedan construir algo mejor: su propia vida, la vida de los demás. «La libertad -decía Kant- es una facultad que amplía el uso de las demás facultades.» Pero ahora hay que usar la inteligencia libre para que crezca en el mundo la verdad; el corazón libre para que aumente el amor; la fe libre para encontrarse más y mejor con Dios.

¿Y cómo concluir estas notas sin recordar al hombre más libre que ha existido sobre nuestro planeta? Jesús fue radicalmente libre porque libremente se entregó a realizar la obra de su Padre; lo fue porque libremente aceptó la muerte por los demás; lo fue apostando por la verdad y sabiendo que le llevaría a la muerte, respetó la libertad de Judas aunque sabía que le traicionaría; fue libre porque no estuvo atado a las pasiones ni al pecado; fue libre porque se realizó plenamente a sí mismo sin pensar jamás en sí mismo; fue libre porque fue liberador y fue liberador porque antes había sido verdaderamente libre.

#### Trabajo personal.

1. Según el artículo que terminas de leer, ¿qué es la libertad?
2. Según el autor, ¿qué es un proyecto de vida? Resume los cuatro pasos que indica el autor.
3. ¿Cuáles son los enemigos de la libertad?
4. ¿Cuál es el mayor enemigo de la libertad? ¿Por qué?
5. ¿Qué es la libertad de corazón?
6. ¿Por qué mi libertad limita con la de los que me rodean?
7. ¿Por qué Jesús fue realmente una persona libre?

#### Puesta en común

